

HOMILÍA SOBRE DECLINAR DE DIOS

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.
copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

UN SERMÓN DE LO PELIGROSO QUE ES CAER DE DIOS

De nuestro alejamiento de Dios, el sabio dice que la soberbia fue el primer comienzo, pues por ella el corazón del hombre se apartó de Dios, su Creador. Porque la soberbia (dice él) es la fuente de todos los pecados: el que la tiene, estará lleno de maldiciones, y al final lo destruirá (Eclesiástico 10.13). Y así como por el orgullo y el pecado nos alejamos de Dios, así se alejará Dios y toda la bondad con Él. Y el Profeta Oseas afirma claramente que los que se alejan de Dios por una vida viciosa, y sin embargo quieren apaciguarlo de otra manera mediante sacrificios, no entienden, por lo que trabajan en vano. Porque, a pesar de todos sus sacrificios, Él sigue alejándose de ellos. Por lo tanto (dice el Profeta), si no se esfuerzan por volver a Dios, aunque vayan con rebaños enteros y con guardias a buscar al Señor, no lo encontrarán, porque se ha alejado de ellos (Oseas 5.5-6, 6.6, 8.13). Pero en cuanto a nuestra declinar de DIOS, o caer de Él, entenderás que puede hacerse de diversas maneras. A veces directamente por la idolatría, como Israel y Judá hicieron entonces; a veces los hombres se alejan de Dios por la falta de fe y la desconfianza en Dios, de lo cual habla Isaías de esta manera: "Ay de los que bajan a Egipto para buscar ayuda, confiando en los caballos, y teniendo confianza en el número de carros, y en la potencia de los jinetes. No tienen confianza en el santo Dios de Israel, ni buscan al Señor (Isaías 31.1-3). ¿Pero qué sigue? El Señor dejará caer su mano sobre ellos, y caerán tanto el ayudante como el que está en el santuario: serán destruidos por completo. A veces los hombres se alejan de Dios por descuidar sus mandatos respecto a sus vecinos, que les ordenan expresar amor sincero hacia todos los hombres, como dijo Zacarías al pueblo en nombre de Dios. Tened verdadero juicio, mostrad misericordia y compasión cada uno hacia su hermano, no imaginéis ningún engaño hacia las viudas, ni hacia los hijos huérfanos y desamparados, ni hacia los extranjeros, ni hacia los pobres, que nadie forje maldad en su corazón contra su hermano (Zacarías 7.9-10). Pero estas cosas no las atendieron, volvieron la espalda y siguieron su camino, taparon sus oídos para no escuchar, endurecieron sus corazones como una piedra adamantina, para no escuchar la Ley, y las palabras que el Señor había enviado a través de su santo Espíritu, por sus antiguos Profetas. Por lo que el Señor mostró su gran indignación contra ellos. Sucedió (dice el Profeta) tal como les dije: como no quisieron escuchar, cuando gritaron no fueron escuchados, sino que fueron dispersados por todos los reinos que nunca conocieron, y su tierra quedó desolada. Y para resumir, todos los que no se atienen a la palabra de Dios, sino que siguen las persuasiones y la obstinación de sus propios corazones, retroceden y no avanzan (como se dice Jeremías 7.24). De tal manera que Orígenes dice: Aquel que con la mente, con el entendimiento, con los actos, con el pensamiento y con el cuidado se aplica y se entrega a la Palabra de Dios, y piensa en sus leyes día y noche, se entrega por completo a Dios, y se ejercita en sus preceptos y mandamientos: éste es el que se vuelve a Dios. Y por otra parte dice: Quien se ocupa de Fábulas y Cuentos, cuando bien podría practicar la palabra de DIOS, se aleja de DIOS. Quien en el momento

de leer la palabra de Dios, se preocupa por los negocios mundanos, por el dinero o por el lucro, se aleja de Dios; quien se enreda en los afanes de las posesiones, se llena de codicia de riquezas, quien estudia para la gloria y el honor de este mundo, se aleja de Dios. De modo que, según su mente, el que no tiene una mente específica para lo que se ordena o enseña de Dios, el que no lo escucha, abraza e imprime en su corazón, con el fin de que pueda moldear debidamente su vida a partir de entonces, está claramente alejado de Dios, aunque haga otras cosas de su propia devoción y mente, que a él le parecen mejores y que redundan en mayor honor de Dios. Lo cual ciertamente, se nos enseña y amonesta en la Sagrada Escritura con el ejemplo del rey Saúl, quien recibiendo orden de DIOS por medio de Samuel, que debía matar a todos los amalecitas, y destruirlos con sus bienes y ganado, lo que se le mandó con toda claridad (1 Samuel 15.3), sin embargo, él, siendo movido en parte con piedad, y en parte (como él pensaba) con devoción a DIOS, salvó al rey Agag, y a todo lo principal de su ganado, para hacer sacrificio a DIOS. Pero Dios, muy disgustado, dijo al profeta Samuel: "Me arrepiento de haber hecho rey a Saúl, porque me ha abandonado y no ha seguido mis palabras", y mandó a Samuel que se lo mostrara, y cuando Samuel le preguntó por qué (en contra de la palabra de Dios) había salvado al ganado, se excusó, en parte, por miedo, diciendo que no podía hacer otra cosa, porque el pueblo lo quería así, en parte, porque eran buenas bestias, pensó que Dios estaría contento, viendo que se hacía con buena intención y devoción, para honrar a Dios con el sacrificio de ellas.

Pero Samuel, reprobando todos esos intentos y devociones (que nunca son tan honrosos para DIOS, si no están de acuerdo con su Palabra, por la cual podemos estar seguros de su agrado) dijo de esta manera: ¿Querrá DIOS tener sacrificios y ofrendas? ¿O más bien que se obedezca su palabra? Obedecerlo es mejor que las ofrendas, y escucharlo es mejor que ofrecer la grasa de los machos cabríos; sí, repugnar a su voz es tan malo como el pecado de la adivinación; y no estar de acuerdo con Él es como la abominable idolatría. Y ahora, por cuanto has desechado la palabra del Señor, él te ha desechado a ti, para que no seas rey.

El alejamiento de Dios del hombre. Por todos estos ejemplos de la Sagrada Escritura, podemos saber que si nosotros abandonamos a Dios, Él nos abandonará por siempre. Y qué estado miserable sigue consecuente y necesariamente, ya que un hombre puede considerar con ligereza las terribles amenazas de DIOS. Y aunque no considere toda la miseria mencionada hasta el final, ya que es tan grande que cualquier hombre no tiene la capacidad suficiente para considerarla en esta vida; sin embargo, una vez perciba tanta de esta en sí mismo, se dará cuenta que su corazón es más duro que una piedra, o que es firmemente obstinado, entonces temerá, temblará y se estremecerá, recordándolo. En primer lugar, el desagrado de Dios hacia nosotros se expresa comúnmente en la Escritura por estas dos cosas: mostrando su temible rostro sobre nosotros, y volviendo su rostro, o escondiéndolo de nosotros. Al mostrar su rostro temible, esto significa su gran ira; pero al volver su rostro u ocultarlo significa muchas veces más, es decir, que nos abandona claramente y nos entrega. Los cuales significados se toman de las propiedades de los modales de los hombres. Porque los hombres hacia aquellos a quienes favorecen, comúnmente muestran un rostro bueno, alegre y amoroso; de modo que

por la cara o el rostro de un hombre, comúnmente se muestra la voluntad o la mente que tiene hacia los demás. Así, cuando DIOS muestra su rostro temible hacia nosotros, es decir, envía sobre nosotros terribles plagas de espada, hambre o peste, parece que está muy enojado con nosotros. Pero cuando nos retira su Palabra, la recta doctrina de Cristo, su bondadosa asistencia y ayuda (que siempre está unida a su palabra) y nos deja a nuestro propio ingenio, nuestra propia voluntad y fuerza: entonces declara que comienza a abandonarnos. Porque mientras que Dios ha mostrado a todos los que verdaderamente sienten su Evangelio, su rostro de misericordia en Jesucristo, que ilumina sus corazones de tal manera que (si lo ven como deben hacerlo) se transforman a su imagen, son hechos partícipes de la luz celestial, y de su santo Espíritu, y son formados para Él en toda la bondad requerida para los hijos de Dios: Por lo tanto, si después descuidan lo mismo, si no son fieles a Él, si no ordenan sus vidas de acuerdo con su ejemplo y doctrina, y para exponer su gloria, Él les quitará su reino, su Santa Palabra, por la cual Él debería reinar en ellos, porque no traen el fruto que él espera. Sin embargo, su misericordia es tan grande y de tan larga duración, que no muestra sobre nosotros esa gran ira repentinamente. Pero cuando empezamos a rehuir su Palabra, no creyéndola o no expresándola en nuestra vida, primero envía a sus mensajeros, los verdaderos predicadores de su Palabra, para amonestarnos y advertirnos de nuestra deuda: que así como Él, por el gran amor que nos tiene, entregó a su propio Hijo para que sufriera la muerte, a fin de que nosotros, por su muerte, fuéramos liberados de la muerte, y fuéramos restaurados a la vida eterna, para habitar siempre con Él, y ser partícipes y herederos con Él, de su gloria eterna y del reino de los cielos: así también, que nosotros, por nuestra parte, debemos andar en una vida piadosa, como corresponde a sus hijos. Y si esto no sirve, seguimos siendo desobedientes a su palabra y voluntad, sin conocerlo, ni amarlo, sin temerlo, sin poner toda nuestra confianza en Él: y por otro lado, con respecto a nuestro prójimo, comportándonos de manera poco caritativa, con desdén, envidia, malicia, o cometiendo asesinatos, robos, adulterios, gula, engaños, mentiras, juramentos, u otras obras detestables similares, y comportamientos impíos, entonces Él nos amenaza con terribles advertencias, jurando con gran ira, que cualquiera que haga estas obras, nunca entrará en su descanso, que es el reino de los cielos. (Hebreos 3.11, Salmos 15, 1, 1 Corintios 6).

LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA CAÍDA DE DIOS.

En la primera parte de este sermón, has aprendido de cuántas maneras los hombres se alejan de Dios: algunos por idolatría, otros por falta de fe, otros por descuido del prójimo, otros por no escuchar la palabra de Dios, otros por el placer que toman en las vanidades de las cosas mundanas. También has aprendido en qué miseria se encuentra el hombre que se ha alejado de DIOS, y cómo DIOS, por su infinita bondad, vuelve a llamar al hombre de su miseria, primero con amonestaciones suaves por parte de sus predicadores, y luego con amenazas terribles. Ahora bien, si estas amonestaciones suaves y las amenazas no sirven, entonces DIOS mostrará su terrible rostro sobre nosotros, hará caer sobre nuestras cabezas plagas intolerables, y después nos quitará toda su ayuda y asistencia, con la que antes nos defendía de toda clase de calamidades. Como nos enseña el profeta evangélico

Isaías, en concordancia con la parábola de Cristo, diciendo que DIOS hizo una buena viña para sus hijos predilectos, la cercó, la amuralló, la plantó con vides escogidas, e hizo una torre en medio de ella, y en ella también un viñedo. Y cuando esperaba que le diera buenas uvas, dio uvas silvestres (Isaías 5.1-2, Mateo 21.33); y después sigue: Ahora os mostraré (dice DIOS) lo que haré con mi viña: Derribaré los setos para que perezca: Derribaré los muros para que sea pisoteada: Dejaré que se pierda, no se cortará, no se cavará, sino que las zarzas y los espinos la desbordarán, y ordenaré a las nubes que no vuelvan a regarla.

Con estas amenazas se nos advierte que si nosotros, que somos la viña elegida de Dios, no traemos buenas uvas, es decir, buenas obras que sean deleitables y agradables a sus ojos, cuando él las busque, cuando envíe a sus mensajeros a pedir las, sino que traemos uvas silvestres, es decir, obras malas, inservibles e infructuosas: entonces nos quitará toda la confianza, y hará que caigan sobre nosotros graves plagas de hambre, de malestar, de escasez y de muerte. Por último, si esto no sirve, nos dejará tirados, nos abandonará, se apartará de nosotros, no cavará ni abonará más en torno a nosotros, nos dejará solos, y permitirá que traigamos los frutos de nuestro gusto, produciendo zarzas, espinos y cardos, todo tipo de maldad, todo vicio, y eso tan abundantemente, que nos sobrepasará, ahogará, estrangulará y destruirá por completo. Pero los que en este mundo no viven en pos de Dios, sino en pos de su propia libertad carnal, no perciben esta gran ira de Dios hacia ellos, que no cavará, ni ahondará más en ellos, que los dejará en paz incluso para ellos mismos. Pero toman esto como un gran beneficio de Dios, para tener toda su propia libertad: y así viven, como si la libertad carnal fuera la verdadera libertad del Evangelio. Pero DIOS no permita (buena gente) que alguna vez deseemos tal libertad. Porque aunque DIOS permita a veces que los malvados tengan su placer en este mundo, sin embargo perseverar en la vida impía es finalmente la destrucción sin fin. Los israelitas que murmuraban tenían lo que deseaban, tenían suficientes codicias, sí, hasta que se cansaron de ellas. Pero, ¿Cuál fue su fin? Su dulce comida se había convertido en salsa de inmundicia: incluso mientras la comida estaba en sus bocas, la plaga de Dios se encendió sobre ellos, y de repente murieron (Números 11.31-33). Por lo tanto, si somos impíos, y Dios nos permite seguir nuestras propias voluntades, tener nuestros propios deleites y placeres, y no nos corrige con alguna plaga, no hay duda de que está casi totalmente disgustado con nosotros. Y aunque tarda en golpear, muchas veces, cuando golpea a esas personas, las golpea de inmediato y para siempre. De modo que cuando no nos golpea, cuando deja de afligirnos, de castigarnos o de disciplinarnos, y nos deja correr de cabeza hacia toda la impiedad y los placeres de este mundo en los que nos deleitamos, sin castigo ni adversidad, es una terrible señal de que ya no nos ama, de que ya no se preocupa por nosotros, sino que nos ha entregado a nosotros mismos. Mientras un hombre poda sus viñas, cava en las raíces y les echa tierra fresca, se preocupa por ellas, percibe algún indicio de que pueden volver a ser fructíferas, pero cuando ya no les dedica tanto esfuerzo y trabajo, es señal de que piensa que nunca serán buenas.

Y el padre, mientras ama a su hijo, lo mira con cólera, lo corrige cuando hace algo malo; pero cuando eso no sirve, y deja de corregirlo, y le permite hacer lo que quiere,

es señal de que piensa desheredarlo y echarlo para siempre. Por lo tanto, nada debería perturbar tanto nuestro corazón, y ponernos en un temor tan horrible, como cuando sabemos en nuestra conciencia que hemos ofendido gravemente a DIOS, y que continuamos haciéndolo, y que, sin embargo, él no nos golpea, sino que nos permite tranquilamente hacer las cosas que nos gustan. Entonces es especialmente el momento de llorar, y de lamentarnos, como lo hizo David: No me apartes de tu rostro, y no quites de mí tu Santo Espíritu (Salmos 51.11). Señor, no apartes de mí tu rostro, no rechaces a tu siervo con disgusto. No escondas tu rostro de mí, para que no sea como los que descienden al infierno. Sus lamentables oraciones, al igual que nos certifican el horrible peligro que corren aquellos de quienes Dios aparta su rostro (por el momento, y mientras lo haga), deberían motivarnos y estimularnos a clamar a Dios con todo nuestro corazón, para que no seamos llevados a ese estado, que sin duda es tan doloroso, tan miserable y tan espantoso, que ninguna lengua puede expresarlo con suficiente profundidad, ni ningún corazón puede concebirlo como es debido. Porque, ¿Qué terrible calamidad puede suponer un hombre que está bajo la ira de Dios, que ha sido abandonado por Él, que su Espíritu Santo, el autor de toda bondad, le ha sido arrebatado, y que ha sido llevado a una condición tan vil, que no le queda mejor propósito que el de ser condenado para siempre en el infierno? Porque no sólo estos lugares de David muestran que, al apartarse el rostro de Dios de cualquier persona, ésta quedará desprovista de toda bondad, y lejos de la esperanza de remedio: pero también el texto antes citado de Isaías, significa lo mismo, que muestra, que DIOS finalmente abandona su viña infructuosa, que no sólo permitirá que traiga malezas, cardos y espinos, sino que también castigará la infructuosidad de la misma. Dice que no la podará, que no la deshojará, y que ordenará a las nubes que no la rieguen: este es el significado de esta enseñanza en su Santa Palabra, que San Pablo, de manera similar, expresó por plantar y regar, lo que significa que Él les quitará eso, de modo que ya no serán de su reino, ya no serán gobernados por su Santo Espíritu, serán apartados de la gracia y los beneficios que tenían, y siempre podrían haber disfrutado a través de Cristo, serán privados de la luz celestial, y la vida que tenían en Cristo, mientras moraban en Él: serán (como lo fueron una vez) como hombres sin Dios en este mundo, o más bien en una condición peor. Y para ser breve, serán entregados al poder del demonio, que es el que gobierna a todos los que se apartan de Dios, como lo hizo con Saúl y Judas (1 Samuel 15.23, 16.14), y en general con todos los que obran según su propia voluntad, los hijos de la malicia y la incredulidad. Por lo tanto, tengamos cuidado (buen pueblo cristiano) de que al rechazar o desechar la Palabra de Dios (por la cual obtenemos y retenemos la verdadera fe en Dios) no seamos finalmente desechados tan lejos, que nos convirtamos en hijos de la incredulidad, que son de dos clases, muy diversas, sí, casi claramente contrarias, y sin embargo ambas están muy lejos de volver a Dios; Los de una clase, que sólo sopesan su vida pecaminosa y detestable, con el recto juicio y la rectitud de la justicia de Dios, y sin embargo, están tan desprovistos de consejo, y se sienten tan incómodos (como deben estar todos aquellos a quienes se les ha quitado el Espíritu de consejo y consuelo) que no se persuaden en sus corazones, sino que: una de dos, o bien Dios no puede, o bien no los tomará de nuevo a su favor y misericordia. Los otros, oyendo las amorosas y grandes promesas de la misericordia de Dios, y no concibiendo una correcta fe en ellas, hacen esas promesas más grandes que las que Dios ordenó

nunca, confiando en que, aunque continúen en su pecaminosa y detestable vida por mucho tiempo, sin embargo, al final de su vida, Dios mostrará su misericordia sobre ellos, y que entonces regresarán. Y estos dos tipos de hombres están en un estado condenable, y sin embargo, DIOS (que no quiere la muerte de los malvados) ha mostrado medios, por los cuales ambos (si prestan atención a tiempo) pueden escapar (Ezequiel 18.32, 33.11).

Contra la desesperación. En primer lugar, aquellos que temen la justa justicia de Dios al castigar a los pecadores (por lo que se encuentran consternados y desesperados en cuanto a cualquier esperanza que pueda haber para ellos mismos), si constantemente o firmemente creen que la misericordia de Dios es el remedio designado contra tal desesperación y desconfianza, no sólo para ellos, sino en general para todos los que están arrepentidos y verdaderamente se encuentran contritos, y se aferran a la misericordia de Dios, pueden estar seguros de que obtendrán esa misericordia, y entrarán en el puerto o refugio de seguridad, en el que cualquiera que venga, aunque antes hubiera sido muy malvado, estarán fuera del peligro de la condenación eterna, como DIOS por Ezequiel dice, que cada vez que un pecador regrese, y tome el arrepentimiento sincero y verdadero, me olvidaré de toda su maldad (Ezequiel 33.19).

Contra la presunción. Por otra parte, así como están listos para creer en las promesas de Dios, también deben estar listos para creer en las amenazas de Dios: también deben creer en la ley como en el Evangelio: también en que hay un infierno y fuego eterno, como en que hay un cielo y alegría eterna: tanto deben creer que se amenaza con la condenación a los malvados y malhechores, como que se promete la salvación a los fieles de palabra y de obra, tanto deben creer que Dios es verdadero en lo uno como en lo otro. Y los pecadores que siguen viviendo mal, deben pensar que las promesas de la misericordia de Dios y el Evangelio no les pertenecen estando en ese estado, sino sólo la ley y las Escrituras que hablan de la ira y la indignación de Dios, y sus amenazas, lo que debería certificarles que, así como presumen demasiado de la misericordia de Dios y viven disolutamente: así DIOS les retira cada vez más su misericordia, y por ello es provocado de tal manera a ira, que destruye a tales presumidos muchas veces repentinamente. Porque de los tales S. Pablo dijo así: Cuando digan que hay paz, que no hay peligro, entonces vendrá sobre ellos la destrucción repentina (1 Tesalonicenses 5.3). Cuidémonos, pues, de tal atrevimiento para pecar. Porque DIOS, que ha prometido su misericordia a los que se arrepienten de verdad (aunque sea al final), no ha prometido al pecador presuntuoso ni que tendrá una larga vida, ni que tendrá un verdadero arrepentimiento al final. Sino que con ese propósito ha hecho que la muerte de cada hombre sea incierta, para que no ponga su esperanza en el tiempo, y en el transcurso de dicho tiempo (para gran disgusto de Dios) viva impiamente. Por lo tanto, sigamos el consejo del hombre sabio, no nos demoremos en volvernos al Señor; no lo posterguemos de día en día, porque de pronto vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza destruirá a los impíos. Volvamos, pues, a tiempo, y cuando nos volvamos oremos a DIOS, como enseña Oseas, diciendo: Perdona todos nuestros pecados, recíbenos con gratitud (Oseas 14.2). Y si nos dirigimos a él con un corazón humilde y muy arrepentido, nos recibirá con su favor y gracia por su

santo nombre, por su promesa, por su verdad y misericordia, prometida a todos los fieles creyentes en Jesucristo, por tanto, a su único Hijo unigénito: quien es el único Salvador del mundo con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.